

04 SOBRE LA ELABORACION PSICOLOGICA MEDIANTE LA ORGANIZACION DEL SIMBOLO: (II) ORGANIZACION DEL SIMBOLO EN LOS RELATOS Y EN LA CLINICA DE LA OBSESION Y DE LA HISTERIA.

CONTENIDO

- 1.- Introducción
- 2.- La organización del símbolo en los relatos
- 3.- La organización del símbolo en algunos ejemplos clínicos
- 4.- Mecanismos de defensa y hegemonía del símbolo
- 5.- Bibliografía

1.- INTRODUCCIÓN

La organización del símbolo parece señalar el lugar de una incapacidad: desde este ángulo el símbolo puede ser valorado -"interpretado" según la mayor parte de autores- desde la comprensión del contexto donde se sitúa. Pero también la presencia de ciertos símbolos puede iluminar su contexto: el símbolo posee un poder de elaboración cognitiva. **Más allá de las incapacidades de tinte "instrumental", la organización del símbolo opera sobre materiales psíquicos dominados por un conflicto desmesurado ante los que la organización del signo (en sentido restrictivo) fracasa. Así pues, se señala una impotencia (la del "signo") y se muestra un poder (el del "símbolo").**

Los ámbitos del origen, de la muerte, de la barrera generacional (tiempo), de la bipolaridad del género y del ejercicio de la sexualidad son todos ellos campo de dudas, de bordes difusos y de conflictos probables. La organización del símbolo, entre otras manifestaciones, puede traducirse en relatos míticos y alegóricos así como en manifestaciones clínicas.

En el ser humano el sujeto y los objetos integran a igual título su mundo interno; por otra parte el padre y la madre -como objetos fundamentales- suman tanto los atributos de la diferencia generacional como los de la diferencia de género. Sugerimos en estas líneas que en gran medida el meollo de los conflictos se sitúa en la relación del sujeto con esos objetos. Los procedimientos defensivos en alguna medida serían la expresión del manejo de los materiales conflictivos mediante el símbolo.

2.- LA ORGANIZACIÓN DEL SÍMBOLO EN LOS RELATOS

Según Cirlot (1), la górgona "es un símbolo de la fusión de los contrarios: león y águila, pájaro y serpiente, movilidad e inmovilidad (...) por ello excede las condiciones soportables por la conciencia y mata al que la contempla" (p.219).

En el relato simbólico un mismo objeto (o sujeto) puede ser simbolizado por un solo personaje que está dotado en dos momentos distintos de cualidades también diferentes. A lo largo del relato también dos atributos de un mismo objeto (o sujeto) pueden ser simbolizados por dos personajes distintos. Por otra parte un solo símbolo puede sumar simbolizados opuestos, de hecho es una de las particularidades del símbolo el poseer la capacidad de hacerlo.

Las simbolizaciones de los atributos del sujeto y de los objetos tienen que ver, sobre todo, con el espectro de las relaciones. No obstante el símbolo cubre simbolizados de carácter concreto, no "maneja" abstractos, el pensamiento categorial parece atribución exclusiva del signo (en el sentido restrictivo que le hemos dado). A la vez, y es quizá lo que da al simbolismo la apariencia abstracta, las asociaciones entre símbolos toman el aspecto de constelaciones en las que se forman grupos asociativos en todas las direcciones.

Habría una consistente diferencia entre un símbolo que resume en sí mismo los aspectos contrarios, y un relato que mediante el despliegue en el tiempo elabora una suma de opuestos. Proponemos aquí que el simbolismo en el primer caso es siempre no consciente, mientras que en el segundo puede darse una gradación que va de mayor a menor consciencia. Insistiremos en que esa condición de ser consciente (o no) es consecuencia y no causa de la aplicación de la organización del símbolo.

El siguiente paso que quisiéramos esbozar contornea la utilización del simbolismo ante los conflictos derivados de las relaciones del sujeto con los objetos del mismo o del otro género. **Los cuentos de hadas** pueden servirnos para ejemplificar algunas propuestas.

El complicado juego de distancias/proximidades con el objeto amoroso se refleja en el cuento, citado por Bettelheim (2), de "Hans, mi pequeño erizo". Un hombre iracundo ante la esterilidad de la esposa exclama: "quiero un niño, aunque sea un erizo" (p.99). Su mujer dará a luz un niño dorsalmente erizo, que más tarde, tras ayudar a un rey perdido en el bosque le concede a su hija; la princesa se casa y en el lecho nupcial Hans toma la forma humana completa. Más allá del aspecto estético poco agraciado, el erizo lanza sus púas distanciando a la joven.

En las dos siguientes narraciones se muestran una vez más dos contrarios simultáneos: **animal repugnante y atractivo hombre.**

En el cuento -citado por Bettelheim (2, pp.413-418)- de "el cerdo encantado" se repite el rechazo generado por lo grotesco o lo repugnante. En este cuento como en la fábula mitológica de "Eros y Psique" (pp.407-413) se introducen algunas variaciones de interés. En "el cerdo encantado" la hermana menor de las tres hijas de un rey, contra la orden del padre, lee en un libro que se casará con un cerdo; así sucede más tarde (siendo obligada por su padre). La joven ha de besar al animal untado de barro de noche y en la cama, entonces el cerdo se convierte en un bello hombre que de día vuelve a ser un cerdo. La chica toma parte activa en su futuro: ojea un libro para saber más... Solicita a una hechicera que su esposo no se transforme durante el día en cerdo, y castigada por su prisa debe vagar por el mundo cargada de hierros; no es sino tras cortarse su dedo meñique que puede volver a encontrar a su marido. En "Eros y Psique", esta última, engañada por sus dos hermanas, cree que Eros es una enorme serpiente; Psique decide matarla pero previamente -contra la prohibición expresa de Eros- le mira su rostro viendo que es un apuesto muchacho.

Bettelheim (2) en los comentarios sobre el cuento de "el rey rana" (versión de los Hermanos Grimm) insiste en algunos aspectos. Una rana ayuda a una niña (que pronto se convertirá en un joven) a buscar una pelota de oro que se le ha caído en un estanque; la rana pone una condición previa, ser su compañera: sentarse en su mesa, beber de su vaso, dormir en su cama... La niña acepta pero más tarde rehúsa. Merced a las presiones del rey/padre, la niña se acuesta con la rana, la niña "siente tal repugnancia -escribe Bettelheim, p.402- que la estrella contra la pared, y, en ese preciso instante, el animal se convierte en un apuesto príncipe"; esta transformación será posterior a haberse acostado varias veces junto a la niña e incluso haber sido besada por ella.

En esta serie de cuentos los aspectos que repugnan y atraen al sujeto se disocian en el tiempo mediante la metamorfosis del objeto. Otras veces el atractivo del objeto puede mantenerse en permanencia cuando se le inmoviliza, es el caso del cuento de "la Bella durmiente".

Como escribe Cooper (3) "La dama abominable es la contrapartida femenina de la bestia masculina" (p.142); en este tipo de cuentos el héroe entra en relación, y a menudo se casa, con una vieja fea y repugnante que tras el desencantamiento se transforma en una bellísima joven.

Ciertos cuentos de hadas muestran personajes en los que la antítesis repugnancia/anhelo (sapo-príncipe) o ejecución del acto/paralización (bella-durmiente) dejan paso a disyuntivas sobre la agresividad en sus

diversas variantes. En "Hansel y Gretel", por ejemplo, la anciana colma de agasajos a sus jóvenes visitantes para después transformarse en una terrible bruja que pretende devorarlos. "Después de que la bruja escribe Bettelheim, 2, p.134- haya satisfecho todos los deseos del héroe que se lanzó al mundo, llega un momento -que suele ser cuando se niega a obedecer sus órdenes- en que aquella se vuelve contra él..." En este tipo de relatos el autor citado ve a la bruja como la madre "pre-edípica" que inicialmente satisface al niño, pero más tarde "a medida que el niño comienza a afirmar su personalidad y a actuar según su voluntad, los `noes' aumentan rápidamente" (p.135).

En otros cuentos de hadas la agresividad del niño o de la niña es dirigida hacia el personaje que representa al progenitor que impide el acceso al padre anhelado de diferente sexo. En la "Cenicienta" o en "Blancanieves", la joven princesa es gravemente perjudicada por un personaje femenino cruel (madrstra o bruja) que cierra el camino de la joven hacia el príncipe. "En la fantasía edípica de una chica -según Bettelheim, 2, p.162- la madre se disocia en dos figuras: la madre preedípica, buena y maravillosa, y la madre edípica, cruel y malvada". Al niño, el cuento lo convierte en un joven que vence dificultades, a menudo encarnadas en dragones a los que derrota, accediendo así a la princesa con la que se casa. "La historia -escribe Bettelheim, 2- implica que : no es el padre el que no permite que el niño disponga por completo de la madre, sino un dragón malvado; y, en realidad, lo que el niño tiene en mente es matar al dragón" (p.159).

En la "Leyenda de San Miguel de Aralar", Guimón (4) encuentra un proceso semejante de división de la figura del padre. El autor (p.91) escribe: "el dragón representaría el padre persecutorio (...) Simbolizaría más que al padre real, como el propio Freud ya señaló, las proyecciones hostiles del propio hijo (...) El padre bueno, idealizado, estaría representado por Dios y por el arcángel San Miguel".

El relato disocia en el tiempo. En el transcurrir del cuento un mismo objeto, portador de unos atributos, se ve dividido en dos o varios objetos que asumen en exclusiva ciertos aspectos del objeto original. En ocasiones es un sólo objeto quien en una parte del relato aparece dotado de unos atributos y en otro lugar se presenta con rasgos diferentes. Parece ser lo propio de los cuentos de hadas, y seguramente de otros relatos como ciertos seriales novelados, el diferenciar con bordes precisos a los personajes. Los relatos simbólicos, al intentar elaborar materiales psíquicos "edipianos" o "pre-edipianos" generadores de angustia, funcionan como procesos defensivos mediante la expresión isomorfista del acontecer psicológico individual; gracias al relato el sujeto puede "hablar" y lograr mediante el juego de representaciones la "eficacia simbólica" (Levi-Strauss, 5).

Sin embargo no siempre el relato simbólico es suficiente, o más bien: en ocasiones los materiales psíquicos opuestos no pueden ser elaborados suficientemente mediante la división y la disociación distribuidas a lo largo del tiempo del relato. Algunos símbolos parecen sumar de una manera sincrónica esta simultaneidad de las cualidades opuestas. El dragón, que ha cobrado en el mundo occidental los atributos agresivos del progenitor masculino, ha portado en casi todas las mitologías simbolizados variados; "el Primer Dragón -escribe F. Huxley (6)- es un ser que tiene dos géneros" (p.6). Las propias representaciones gráficas del dragón reflejan su carácter mixto formado por partes de diversos animales. De carácter masculino a veces, femenino y mixto otras, agresivo,

protector, sumando los cuatro elementos, el dragón -que tiene mucho en común con la serpiente- a veces simboliza un pene, otras el "ouroboros" (totalizando los contrarios cuando forma un círculo mordiéndose la cola), y otras un animal femenino "doble de la luna en sus metamorfosis y ondulaciones" G. Durand, (7, p.363).

3.- LA ORGANIZACIÓN DEL SÍMBOLO EN ALGUNOS EJEMPLOS CLÍNICOS

NOTA SOBRE EL SIMBOLO:

A partir del 2004, y en los trabajos posteriores, distinguiremos en la elaboración del símbolo:

- Sb: como símbolo habitual o simple pareja del signo. Asume en su contenido varios significados.
- Sb1: como modo de elaboración de los opuestos contrarios. El símbolo suma contrarios en su contenido.
- Sb2: como modo de elaboración de los opuestos contradictorios.
- Sb3: como modo de elaboración de los opuestos contradictorios "absolutos" (caso posible de las esquizofrenias, las melancolías y las manías).

En algunos ejemplos clínicos mostraremos la utilización de la organización del símbolo como modo de elaboración cognitiva de unos opuestos que de otra forma serían irreconciliables.

"M." es una joven que desarrolla síntomas obsesivos, teme contaminarse con objetos "sucios", especialmente tiene miedo a la sangre y a los esputos que puedan hacerla enfermar (de Sida). En casi una "locura de contacto" ha de alejarse de los basureros, " doy la vuelta, nos dice, si veo uno tengo que estar a varios metros, me da la impresión que puede venir por el aire... ya sé que es una tontería pero a veces me parece que hasta la palabra `basura' puede manchar... temo tocar el mango del paraguas, el mango toca las varillas, las varillas la tela, la tela la punta, la punta el suelo sucio". La paciente es muy cuidadosa con la comida que va a ingerir sin embargo, la minuciosidad extrema en la limpieza de los cubiertos, platos y alimentos se transforma a veces en búsqueda de restos alimenticios en las basuras.

"M." se relaciona con su madre en una atmósfera de cariño y respeto, aunque con una gran sensibilidad ante lo que juzga como tentativas de su madre para influirle en sus propios gustos. Tras ser diagnosticada a su padre una grave enfermedad de pronóstico mortal, "M." retorna al domicilio de los padres; se agudizan entonces sus temores (no conscientes) de ser "invadida" por la madre (y por la hermana mayor).

Sugerimos que lo que podemos denominar "exceso de proximidad" con la madre no puede ser elaborado mediante el signo; la hegemonía del símbolo es puesta en marcha como medio de elaboración cognitiva de

la simultaneidad de los contrarios (anhelo de mantener la unión/anhelo de separarse). El "exceso" es vivido por "M." como una tentativa de control desmesurado por parte del objeto ante el que "M.", como sujeto, reacciona de manera agresiva. Dado el reconocimiento del poder de la madre (que en rememoranza del pasado puede "vaciarle"), la introducción del símbolo -la "suciedad" capaz de enfermarla gravemente- expresa como simbolizante (desplazado/proyectado) el exceso de unión con la madre. De este modo podemos reflejar en el ámbito del simbolizante y del simbolizado una suma de aspectos:

(1)

SBTE	Suciedad	que contagia enfermedades	que no puede el sujeto evitar totalmente	que si no la evita va a morir contagiada
SBDO	Madre	exceso de unión anulación de la identidad	madre más poderosa que el sujeto	si se acepta la excesiva proximidad: "castración"

A la vez

(2)

SBTE	Temor a la suciedad	Anhelo de limpieza/orden
SBDO	Temor al exceso de unión con la madre	Anhelo de cierta unión con la madre

A la vez, y como "transformación en lo contrario":

(3)

SBTE	Anhelo de ensuciarse, de comer en las basuras
SBDO	Oponerse a la madre "No le temo"

"Z.Z." es un adolescente con preocupaciones obsesivas en torno al pecado; de fuertes creencias religiosas "Z.Z." está en los comienzos de los estudios en el seminario con intención de, según sus palabras, "dedicar mi vida a Dios, aunque me parece, que decirlo así es pecar de orgullo". Fuertes escrúpulos de conciencia hacen que se sienta obligado, con gran vergüenza, a confesarse varias veces por día. "Por ejemplo el otro día me dijeron que cerrara la ventana de la iglesia, pero después pensé que pudo quedarse mal cerrada, me dije: ¿y si se rompen cristales? ¿cuánto valdrá cada uno?, si sobrepasa el sueldo de un día de un obrero es pecado mortal".

"Z.Z." es hijo único, su madre mujer emprendedora se separó muy pronto de su esposo que murió cuando el paciente tenía poco más de seis años. El joven padre, al parecer, de futuro profesional prometedor era él mismo hijo de un importante personaje de la Judicatura. "A

veces, nos dice "Z.Z.", pienso que vengo de un padre y de un abuelo demasiado grandes". No obstante, "Z.Z." no ha convivido prácticamente más que con su madre, únicamente un año antes de acudir a consulta permaneció algunos meses con el abuelo a lo largo de unas vacaciones de verano. "No sé porqué -nos dice- pero fueron muy angustiosas para mí".

Durante esas vacaciones tuvo dos ensoñaciones de tinte hipnagógico sobre las que vuelve repetidamente en su psicoterapia. En la primera "Z.Z." tiene un árbol entre las manos, de tronco grueso, con muchas ramas, "pero las ramas crecen y crecen, y yo tengo que sostenerlo, si lo suelto y cae al suelo hay como un aviso de que voy a morir... a la vez no puedo sostenerlo, las ramas se bifurcan, crecen". "Z.Z." desea no pensar pero no puede quitarse de la cabeza el árbol, "es sólido, bonito, pero es una tortura..." En la segunda ensoñación "Z.Z." está en el campo de fútbol del equipo al que su familia paterna es muy aficionada, las gradas están atestadas de gente y él debe dar la mano a todas y cada una de las personas. "Es como una tarea que tengo impuesta, dice "Z.Z.", sino la cumplo me va a pasar algo muy malo, me angustia pensarlo, el problema no es dar la mano a miles de personas, el problema es que están tan mezcladas que no sé cuando termino, y para asegurarme tengo que volver a empezar... no acabo nunca..."

"Z.Z." asocia sólidamente las ensoñaciones con su abuelo, su padre y su tutor en el seminario (hombre muy valorado a la vez que temido por nuestro paciente). Además describe dos constelaciones asociativas evocadas en torno a las ensoñaciones y a las preocupaciones que lo llevaron a la psicoterapia:

- El no poder terminar algo que está obligado a realizar. El que siempre queda algún pecado sin ser dicho en confesión (incluso en cada confesión se generan nuevos pecados). El no tener fuerza suficiente para poner punto y final, el que la labor sea imposible...
- El que toda discusión o pelea tenga que ser a muerte. "En mis fantasías -dice "Z.Z."- si mi enemigo se queda con vida me puede matar, seguro que va a volver, pero si lo mato peco, además creo que soy un cobarde... otras veces después de la pelea, me humillo, y eso no lo soporto".

"Z.Z." desarrolla sus síntomas alrededor del exceso de unión con las figuras paternas: padre, abuelo, tutor... La polisimbología del árbol es bien conocida (G. Durand, 7, pp.391-399): como símbolo cíclico, "árbol de la vida", "árbol prohibido", "árbol de la sabiduría", "árbol-columna de raíces que lo ligan al pasado", "árbol de frutos/acciones buenos y malos". En el discurso de "Z.Z. se da ese múltiple simbolismo, sin embargo dominan dos itinerarios: (i) el del Bien y el del Mal en el sentido de "pecado/santidad" y (ii) el de árbol sólido de fuertes raíces que se entremezclan con otras raíces y otros árboles, "como él pero distintos" concluye "Z.Z."

Con respecto a la ensoñación del campo de fútbol es preciso señalar -como también en el "árbol"- que en ningún momento "Z.Z." se extraña o se pregunta por la orden dada, sus dudas y "angustias" giran en torno a la imposibilidad de la tarea o a su carácter cíclico. El trabajo no se termina nunca, no hay bordes claros y precisos. Los ocupantes de las gradas, sin caras definidas, forman parte de su familia, de sus orígenes, son como él; "Z.Z." teme confundirse con ellos, la tarea de separarse es ardua, quizá imposible.

El árbol se presenta como simbolizante inscrito en una constelación que solamente es conocida mediante el relato en el que se inscribe:

(1)

SBTE	Arbol	que crece haciéndose gigantesco	que no puede el sujeto sostener	que si lo deja caer, muere el sujeto
SBDO	Padre	enorme, gigantesco en relación al sujeto	más poderoso que el sujeto	si se acepta su excesiva proximidad: "castración"

A la vez:

(2)

SBTE	Temor de sostener el árbol Temor de dar la mano a todos (no lograr hacerlo)
SBDO	Temor al exceso de unión con el padre poderoso.

A la vez, y como "transformación en lo contrario":

(3)

SBTE	Realizar una tarea gigantesca
SBDO	Sobrepasar el poder del padre

"P.P." es una mujer viuda que presenta frecuentes episodios críticos en los que, en medio de vistosas cóleras, rompe objetos y grita, "pierdo el control" nos dice. Además, también a menudo y durante días, se siente triste, sin interés por sus dos hijos adolescentes, despreocupada por su trabajo, "insatisfecha, con una sensación de hueco en el estómago..." Se presenta habitualmente muy arreglada, vestida de manera informal pero muy cuidada. Su actitud es seductora a la vez que defensora de lo que considera sus derechos. "No tengo pelos en la lengua -dice "P.P."- si tengo que decir las cosas lo hago, al fin y al cabo lo que tengo lo he logrado yo... pero con los hombres es diferente, necesito estar con uno... si salgo con mujeres me encuentro mal, parece que me falta algo".

Tanto con su esposo, con el que permaneció casada pocos años, como con sus múltiples relaciones sentimentales posteriores, las interacciones han sido muy conflictivas. "Casi siempre me pasa lo mismo, relata, me parecen hombres que son como una joya a descubrir, que tienen costumbres que no me gustan, pero que voy a poderlos cambiar, que los voy a poder atraer a casa".

Cuando inicia la psicoterapia "P.P." mantenía tempestuosas e intermitentes relaciones con un hombre que según ella "resume sus problemas". La paciente nos cuenta: "Yo le conocía y

no me interesaba, pero un día de pronto me pareció que tenía un gran corazón, aunque físicamente es un sapo, muy gordo, incluso me daba vergüenza que me vieran con él, pero yo pensaba que lo iba a poder cambiar, que había que rasparle para ver dentro... yo sabía que él hacía una vida de crápula..."

"P.P." expresa razones semejantes cuando nos habla de su padre, "otra joya sin tallar..." Sus relaciones con los hombres oscilan entre (i) lo que califica de "agobio" que le impide en algunos períodos "hacer lo que quiere sin tener que responder permanentemente", y (ii) la sensación de "vacío"

cuando no están o "no como yo quisiera..." Necesita para valorizarse la presencia masculina, sin embargo teme el exceso de proximidad. Por otra parte mantiene casi permanentemente ocultas sus relaciones: "Me da miedo pensar lo que van a decir, lo que van a pensar, sobre todo mi madre, algunas amigas..."

El sapo toma como símbolo características múltiples:

(1)

SBTE	Sapo	que es feo, obeso, algo repugnante...
SBDO	Exceso de unión con la pareja	Temor al exceso de unión

A la vez:

(2)

SBTE	Sapo	Que contiene un bello hombre en su interior
SBDO	Unión con la pareja	Anhelos de unión con el hombre

En el caso de "P.P." podemos sugerir que el juego de los símbolos toma "carne" en su objeto amoroso seleccionado a partir de sus aptitudes para asumir los aspectos contrarios: el anhelo por una figura masculina deseable y valorizante, y la presencia en ella de atributos que le hacen mantenerse a distancia.

"M.M." acudió a la psicoterapia preocupado por su extrema timidez con las mujeres, timidez que le ha llevado a sobrepasar los treinta años sin haber conocido ninguna relación sentimental/sexual, incluso decía haber hablado raramente "más de cinco minutos con una chica".

Muy pronto, tras algunas vacilaciones, nos habla de sus muy frecuentes fantasías: "Siempre he recordado mucho una película que vi de niño, era sobre una mujer-vampiro... nunca me han parecido terroríficos los extraterrestres o los robots; la mujer-vampiro era frágil y guapísima pero hipnotiza y bebe la sangre, el problema no es que mata, sino que se adueña de uno, es tanto así que la muerte es una salvación, al final -continúa "M.M."- la mujer-vampiro muere de un arañazo, era hemofílica... lo más angustiante es esa extraña mezcla de poder con alguna debilidad". En múltiples ocasiones durante el primer año de la

psicoterapia vuelve "M.M." sobre este tipo de propósitos que cada vez le sorprenden más a pesar de serle tan familiares. La extrañeza se centra en las mujeres: "como si fuesen verdes con antenitas" dice.

Evocando a la mujer-vampiro, "M.M." habla de sus síntomas de aspecto claustrofóbico: "Necesito mirar a cincuenta metros de la esquina para estar verdaderamente tranquilo...cuanto más pequeño sea el lugar, más inconfortable estoy; me parece que voy a ahogarme, es como si me diese vértigo. No puedo mirar hacia abajo cuando subo a una altura". Nuestro paciente asocia estos propósitos también con la mujer-araña; "las arañas me dan mucho asco, o miedo dice, la tela, ellas, me ahogan... es difícil hablar de esto..."

Anhelo, extrañeza, caída en la posesión hipnótica... forman un conglomerado coagulado en el símbolo de la mujer-vampiro que suma de esta forma los atributos contrarios.

4.- MECANISMOS DE DEFENSA Y HEGEMONÍA DEL SÍMBOLO

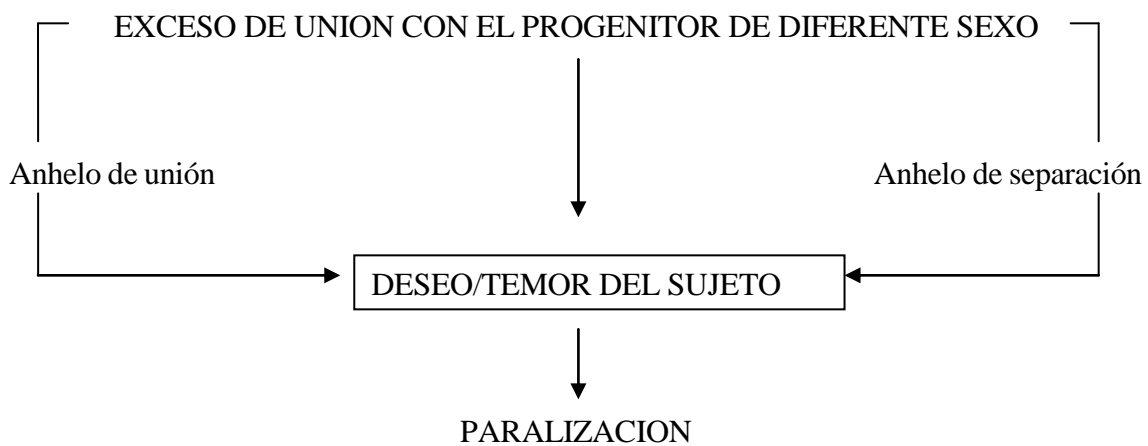
Sugerimos en este trabajo que tanto la no consciencia de ciertos materiales (conflictivos) psíquicos como los llamados mecanismos de defensa son efecto de la elaboración mediante la hegemonía del símbolo. Por otra parte el nivel ("inoportuno") del conflicto tiene que ver con la "coincidencia de opuestos" en las relaciones entre el sujeto y los objetos fundamentales. Sujeto, relaciones y objetos forman parte del individuo con igual pertinencia; desde la perspectiva del guión dramático individual la idea de personaje principal es una ilusión.

Cuando el sujeto se relaciona con el progenitor del mismo sexo y surge la agresividad por encima de un montante la autonomía e incluso la supervivencia del sujeto resulta comprometida. Por otra parte el camino de la no-relación es imposible. El sujeto debe (i) relacionarse, lo necesita, y a la vez (ii) se siente peligrar en esa relación. La agresividad del progenitor es temible porque, tras la triangulación edipiana, se reconoce su poder ("castración"). El pensamiento puesto en acción debe de construir un edificio mediante símbolos en el que la propia agresividad reactiva del sujeto sea expresada en un simbolizante que contrariándola la mantenga.

El progenitor de diferente sexo es el objeto del anhelo. Alcanzarlo totalmente (exceso de unión) es sin embargo peligroso para el sujeto. La construcción simbólica debe de asumir en su cuenta (i) el anhelo como tendencia que lleva hacia el objeto y (ii) su interrupción antes de alcanzarlo.

El conflicto por exceso de unión con el progenitor de diferente sexo exige una elaboración cognitiva que tenga en cuenta dos movimientos simultáneos: (i) el anhelo de unión con el progenitor como objeto del deseo sexual, (ii) el temor al exceso de la unión con el mismo progenitor; "exceso" que depende del peligro de ser poseído/destruido por la consumación de la unión (y por la eventual agresividad del progenitor complementario).

El anhelo puede permanecer mediante la introducción de una traba, de una dificultad que impida el acceso al objeto. Esta "paralización" en el logro genera, a menudo, una insatisfacción o una dificultad que resulta provechosa ("bella indiferencia").



En la histeria se paralizará aquello que contribuya a aumentar la unión con el progenitor del mismo sexo (u objetos que lo representen). Un cierto grado de sufrimiento, de malestar sellará esta disminución de la unión con el objeto deseado. Nasio (8), tras Lacan (9), coloca a la insatisfacción en el centro de la histeria. El "goce" que supondría la unión con el progenitor de diferente sexo resulta intolerable para el sujeto. "El histérico -escribe Nasio- desea estar insatisfecho porque la insatisfacción le garantiza la inviolabilidad fundamental de su ser. Cuanto más insatisfecho está, mejor protegido queda contra la amenaza de un goce que él percibe como riesgo de desintegración y locura..." (p.49).

Aquella función que sea paralizada se encontrará como "disociada" de su contexto.

Hacer "como si" es, sobre todo, no hacer lo que aparentemente se ejecuta. El histrionismo y la propia seducción histérica expresan la paralización en el comportamiento fingido.

Desde una perspectiva etológica (Demaret, 10) la simulación impregna a la histeria. La simulación en su sentido profundo consiste en realizar un acto psicológico para que justamente no se lleve a cabo lo simulado, es decir, se trata de una forma de paralizar el acto original (la unión excesiva con el progenitor de diferente sexo). Esta actitud de simulación se dirigirá preferentemente hacia los comportamientos sexuales (se "muestra" el sexo pero justamente para no ejecutar el acto), hacia ciertos comportamientos de aspecto infantil, o hacia la falsa demostración de disminuciones físicas. La simulación implica pues hacer

"casi" lo mismo; con la introducción de "alguna" diferencia se trastoca la finalidad inicial del acto, pero se mantiene la "atmósfera" general, el sentido global. La conducta realizada y la conducta objeto de simulación mantienen una relación de simbolizante y simbolizado. La "erotización" del cuerpo no genital podría también entenderse en este sentido.

"T." comienza la psicoterapia a los veintinueve años tras un largo pasado psiquiátrico que debutó a los catorce años pocas semanas después de la muerte de su padre. Se presenta como una personalidad histérica en la que las actitudes de seducción alternan con propósitos relatados de manera "escénica" (cambios en el tono y volumen de la voz, miradas juguetonas y gestos que llegan al amaneramiento).

En el plano sintomático a lo largo de los años dos series se distinguen de forma clara: (i) episodios que van de la "rabieta" a la crisis clásica; actitudes agresivas hacia la madre, obligándole a hacer llamadas de teléfono a altas horas de la noche (a familiares), así como insultos extremadamente despectivos; (ii) períodos de "vacío" en los que se siente, dice él, "como sin fuerzas, sin saber qué hago aquí si no soy mas que fachada... son momentos en los que no tengo fuerzas para nada, no puedo ni moverme".

"T." es hijo único, la madre (diez años mayor que el padre), relata, "era de una clase social superior a la de mi padre". Este último, fallecido joven de complicaciones somáticas ligadas al alcoholismo, "era un hombre guapo, el más varonil que he conocido... dicen que era histérico como yo". Una reivindicación afectiva que repite frecuentemente está relacionada con el abandono parcial que sufrieron padre e hijo: "mi madre se dedicó a cuidar los últimos años de vida a mi abuelo, no se lo podré nunca perdonar".

El paciente mantenía casi exclusivamente relaciones homo- sexuales: "Pienso que mi interés por los chicos, dice "T.", es porque siempre me han querido mujeres ... es que encuentro en los chicos lo que yo no tengo: capacidad de estar solos, de dominarse, masculinidad... en una palabra, fortaleza". No obstante los "chicos" que le gustan son siempre jóvenes (varios años menores que él): "las cosas que hacen, cómo son, me recuerdan a mí, a como yo era", concluye.

"T." desarrolla episodios agresivos en los que rompe, dice él, "lo que tengo al lado, pero eso sí, en casa, cuando estoy solo o con mi madre, o con mi familia". El paciente asocia las "crisis" con actitudes de excesiva sumisión de su madre hacia él : "no sé, me sacan de quicio, me parece que quiere algo sexual y no lo soporto". Tras los episodios agresivos "T." no se siente culpabilizado, ni siquiera avergonzado, "lo que me encuentro es mal, falso, como si todo fuera imagen, no sé quien soy, a dónde voy..." Esta sensación de falta de consistencia, "de ser un trozo de unos y de otros", de constante actuación, le paraliza por largos períodos en los que rehúye a su madre o, quizá más bien, le sirven para rehuirla.

"T." anhela la proximidad física con la madre, una aproximación de índole sexual. Esta aproximación tiene valor de simbolizado. El simbolizante busca mantener la relación de unión pero con la introducción de una transformación que precisamente cierre el camino a la genitalidad heterosexual. "Estoy insatisfecho, por tanto no existe relación genital con mi madre" parece decirnos "T."; a la vez convive con su madre, discute con ella, habla de ella, e incluso la martiriza por momentos... Las propias "conversiones" cobran el mismo valor que la insatisfacción: paralizar el movimiento de aproximación genital con el progenitor de

diferente sexo manteniendo a la vez la unión preferencial con ese objeto fundamental.
 (i) Lo simbolizado es la peligrosa y anhelada relación con la clase objetal del progenitor de diferente sexo. Como expresiones de (ii) lo simbolizante podremos encontrar en la histeria: la simulación/seducción, la insatisfacción, la paralización de la genitalidad y la "erotización" del cuerpo no genital, la disociación de los campos paralizados, las "crisis" como modos de simulación/paralización...

El conflicto por exceso de unión con el progenitor del mismo sexo suma: (i) el anhelo por desplazarlo agresivamente, y (ii) el temor a ser agredido y desplazado por ese progenitor que se presenta como más poderoso que el propio sujeto. La elaboración simbólica ha de ponerse en marcha para dirimir el juego agresivo. Tanto la agresividad del sujeto como la agresividad posesiva del progenitor del mismo sexo forman parte del simbolizante y del simbolizado organizados en constelaciones asociativas en las que pueden encontrarse el desorden, la suciedad, la enfermedad, el pecado, la sumisión, la limpieza, la pureza... Simbolizante y simbolizado (oposición/sumisión) cambian de posiciones en una elaboración psicológica donde domina la "transformación en lo contrario".

EXCESO DE UNION CON EL PROGENITOR DEL MISMO SEXO



Cuando el grado de sumisión es muy importante, el sujeto puede temer transformarse en objeto amoroso del progenitor del mismo sexo (quizá en el sentido del "Edipo invertido"). La elaboración psicológica ofrece entonces rasgos que recuerdan los procedimientos de paralización, al introducir dificultades para la consumación de la unión sumisa: la ejecución final del acto no se lleva a cabo por dudas, rituales, laxitud... La paralización como defensa ante el progenitor de diferente sexo puede ser representada por una línea recta cortada; en el capítulo de las defensas contra la sumisión la línea será ondulante, "zigzagueante".

"D." busca la unión con objetos paternos que en un período de su biografía están -sobre todo- representados por el "director espiritual" (sacerdote de su centro de estudios). "D." persigue constantemente la compañía del sacerdote de cuya presencia se muestra ávido. Aún dominado por una admiración y un cariño que "D." mismo veía desmesurado, por momentos se sentía ambivalente e incluso, dice, "como agresivo en el pensamiento". De forma simultánea "D." centra su vida, o al menos sus preocupaciones, en torno a la idea de

Dios, un Dios "más severo que misericordioso" y "más Dios-Padre que Jesucristo". "D." quiere unirse al director espiritual (y a Dios) pero a la vez percibe esas relaciones como muy peligrosas para el mantenimiento de su propia individualidad. Ráfagas agresivas se vislumbran en forma de pensamientos impuestos sobre blasfemias y dudas del buen hacer del sacerdote. El exceso de unión y los elementos agresivos no pueden ser elaborados cognitivamente de forma adecuada mediante la organización hegemónica del signo. El símbolo entra en acción en el manejo de la coincidencia de los contrarios.

"D.", que había mantenido una distanciada relación con su padre, a los quince años ingresa en un colegio religioso en internado con el fin de completar sus estudios de bachillerato. El paciente relata: "lo que se me dijo era que -como entonces se pensaba- la educación en este tipo de instituciones era mucho mejor. Allí todo era diferente al ambiente en el que me había criado, por primera vez tuve contacto con una práctica religiosa desconocida en esa intensidad para mí. Muy pronto estreché mi relación con dos curas que eran a la vez profesores... sobre todo con el segundo de ellos que se convirtió en mi director espiritual... dependía de él, me da un poco de vergüenza decirlo, llegué a pensar que cuando comenzasen las vacaciones iba a tener que ir a algún pueblo cerca de donde él estuviese...". "D." continúa: "Estos curas, a pesar de ser hombres mayores, se comportaban conmigo como amigos, ¡claro!, un poco especiales, yo les admiraba mucho y con ellos podía hablar de cosas personales que nunca hubiera pensado se pudieran hablar con personas adultas... además eran todo un ejemplo para mí, dedicados a su profesión, buenos y listos".

El paciente asocia progresivamente estas particulares relaciones con preocupaciones y comportamientos obsesivo-compulsivos de índole religiosa que aparecen en tromba a los pocos meses: ideas repetitivas sobre "faltas" en el pasado, conciencia escrupulosa y todo un cortejo de rituales y oraciones estereotipadas "para no pensar en ideas siempre relacionadas con la sexualidad, no solo con la mía sino hasta con la de Dios y la de los Santos". "D." continúa: "Curiosamente todo aquel período como vino se fue, casi de pronto, al menos así con mi padre espiritual... la verdad es que he tenido después muy buena relación con él... pero, desde luego, viendo que no es como yo creía que era, supongo que será mejor verle también los defectos".

La unión excesiva con el progenitor del mismo sexo lanza al sujeto a la búsqueda de la separación; el "enemigo", sin embargo, es además de poderoso, querido. Holland (11) realizó la propuesta de entender los rituales obsesivos como actividades de sustitución, "fuera de lugar"; cuando dos tendencias incompatibles son activadas simultáneamente aparecerían este tipo de manifestaciones desplazadas. La obsesión parece reinar allí donde esas "sustituciones" traslucen la "transformación en su contrario". Otros comportamientos de índole fuertemente regresiva como la automanipulación y la repetición (balanceo, onicofagia, tricotilomanía etc...), aunque todos ellos estereotipados, no serían rituales en el sentido obsesivo del término sino actividades de sustitución.

5.- BIBLIOGRAFÍA

- (1) Cirlot, J. E. (1987): Diccionario de símbolos, Labor, Barcelona, 1988.
- (2) Bettelheim, B. (1975): La psychanalyse des contes de fées, Robert Laffont, Paris, 1976.
- (3) Cooper, J. C. (1983): Cuentos de hadas. Alegorías de los mundos internos, Sirio, Barcelona, 1986.
- (4) Guimón, J. (1993): Psicoanálisis y literatura, Kairós, Barcelona, 1993.
- (5) Levi-Strauss, C. (1949): L'efficacité symbolique, en *Anthropologie Structurale*, Plon, Paris, 1974.
- (6) Huxley, F. (1979): El dragón, Debate, Madrid, 1989.
- (7) Durand, G. (1957): Les structures anthropologiques de l'imaginaire, Bordas, Paris, 1957.
- (8) Nasio, J. D. (1990): El dolor de la histeria, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- (9) Lacan, J. (1981): Cinq psychanalyse, PUF, Paris, 1981.
- (10) Demaret, A. (1979): Etología y psiquiatría, Herder, Barcelona, 1981.
- (11) Holland, H. C. (1974): "Displacement activity as a form of abnormal behaviour in animals", en Beech, H. R.: Obsessional States, 161-173, Methuen, Londres, 1974.